

partían en las puertas, se veía la misma placidez que se agitaba en el aire. Yo iba a través de todo esto con el espíritu regocijado.

Luego yo pensé—mientras miraba a través de los vidrios, el crepúsculo que apenas era ya una débil claridad que temblaba en el fondo del cielo—en la tarde que había llenado de regocijo el espíritu del prometido de mi hermana Estefanía.

Mi corazón de chiquillo que iba a franquear pronto los umbrales de la adolescencia rumiaba con fruición todo lo que acababa de oír.

¡Ah! ¡Dios mío! ¡Y cómo me habría gustado sentir que la alegría en forma de un polvo de oro me acariciaba el rostro! ¿De veras vió en el brillo que cubría los árboles y el musgo de las cercas de piedra, algo parecido a la risa? ¿Y qué habría en el gritar de los niños, en el vuelo de las palomas, para que sintiese su corazón jubiloso?

¡Y el pino que a él le hacía pensar en el cuento del árbol que canta! ¡Qué bello estaría el pino esa tarde!

La luz de oro que se agitaba en el ambiente cubriría en partes su follaje verde oscuro y su tronco áspero, y esos matices áureos luciendo sobre el tono profundo de las hojas tenían que formar una armonía que los ojos escucharían encantados.

Pudiera ser que en la punta de la

copa, una de las palomas blancas que hacían vuelos sobre el caserío, se hubiese posado a descansar!

Yo creía ver sobre el fondo amarillo del cielo, dibujarse el encaje que tejían las hojas del pino.

En las noches de luna, uno podría imaginar que la luna era una araña de plata que había tejido su tela sobre el ropón oscuro del pino.

Quizá se hallaba en un huerto abandonado, tras una tapia ruinososa en la que el musgo hacía su labor melancólica. Si yo hubiese sido el prometido de mi hermana Estefanía, cuando no hiciese viento y todo estuviese inmóvil, me escurriría por uno de los vanos de la tapia ruinososa y tendido en la hierba, escucharía el silencio que descendiese del pino.

Las mañanitas en esa ciudad se atavían con una niebla fina y el árbol de nuestro amigo debía tener entonces el aspecto de una novia, con aquellos tules de niebla prendidos en su copa.

Y el sonido, el sonido que tenía que producir el viento en su ramaje? Allí el viento no se desliza—me decía—las hojas no lo permiten, sino que vibra.

Y yo seguía pensando: ¿Cómo será el sonido del viento entre las ramas del pino? Tal vez como el que hace el chorro de la fuente rumorosa al caer en el cántaro...

CARMEN LIRA

Un capítulo de un libro de Félix Klein¹

El libro de donde tomamos este capítulo *Mi ahijado en el jardín de los niños*, de Félix Klein, es un libro que debe ser conocido no solamente por los educadores de *Kindergarten*, sino también por todos los maestros y aun me atrevo a añadir que debía pasar por las manos de todas las mujeres.

Se ve que su autor ha estado muchas horas de su vida asomado al espíritu cristalino y a la par misterioso del niño.

LA AUTORIDAD Y LA INICIATIVA:

POLITICA DE LA CONFIANZA

Nuestra táctica es aquella que se in-

culca hoy al ejército francés y cuyo secreto ha transformado a los griegos—de bandas no ha mucho impotentes—en soldados a quien nada resiste. Queremos que nuestras jóvenes tropas persigan a la vez una victoria común y desplieguen para alcanzarla una actividad llena de iniciativa en la que cada uno se habitue a pedir consejo a sí mismo.

¹ *Mon filleul au jardin des enfants*, de venta en la librería LECTURA BARATA de Falcó, Zeledón & Cía., esquina frente de el Correo.

